

LA OBRA DE ARTE INACABADA DE LEONE GINZBURG

CESARI

Pero ¿quién era Leone Ginzburg, a quien tanto hemos mencionado hasta ahora? ¿Sólo el «padre» de la Einaudi, el fundador con el editor, o también «el cerebro y el alma» de la editorial, como ha escrito Natalia en el ya recordado ensayo de *Paragone*?

EINAUDI

Conviene releer esas otras páginas ya clásicas de Natalia que nos han entregado para siempre el retrato de Leone. «A finales del invierno, Leone Ginzburg regresó a Turín desde la penitenciaría de Civitavecchia», había salido de allí el 13 de marzo de 1936, «donde había cumplido su pena. Llevaba un gabán demasiado corto, un sombrero ajado, plantado un poco de través sobre la negra cabellera. Caminaba despacio, con las manos en los bolsillos; y lo escrutaba todo a su alrededor con sus ojos negros y penetrantes, los labios apretados, la frente fruncida, las gafas de concha negras, plantadas un poco bajas en la gran nariz». Estaba bajo vigilancia especial. El ojo del régimen nunca más se apartaría de él. Cesare Pavese, continúa Natalia, «venía a ver a Leone todas las tardes; colgaba del perchero su bufandita de color lila, su abrigo con martingala, y se sentaba a la mesa. Leone estaba en el sofá, con el codo apoyado en la pared. Pavese explicaba que venía a casa no por valor, porque él valor no tenía; ni tampoco por espíritu de sacrificio. Venía porque no habría sabido si no cómo pasar la velada,

y no soportaba pasar las veladas solo. Y explicaba que no venía para oír hablar de política, porque a él la política “le importaba un bledo”». Pasada la medianoche, cuando Pavese, tras agarrar la bufanda y el abrigo, había escapado, «Leone se quedaba aún un rato de pie junto a la estantería, sacaba un libro y se ponía a hojearlo, y lo leía como al desgaire, largamente, con el ceño fruncido. Se quedaba así, leyendo como al desgaire, hasta las tres». Después, un día, «Leone empezó a trabajar con un editor amigo suyo».

Los dos, prosigue la narradora, «intentaron convencer a Pavese de que trabajara con ellos. Pavese se resistía. Decía: “¡Me importa un bledo!...». Le bastaba, para vivir, con la suplencia en un instituto. «Al final se convenció... Se convirtió en un empleado puntilloso, meticoloso, les regañaba a los otros dos por llegar tarde por la mañana y por irse a comer a las tres”. Pero ¿quién era Leone Ginzburg, reciente redactor de la pequeña y pobre editorial? «Su verdadera pasión era la política. No obstante tenía, aparte esta vocación esencial, otras apasionadas vocaciones: la poesía, la filología y la historia».

CESARI

Natalia se casó con Leone Ginzburg el 12 de febrero de 1938. Natalia era hermana de Mario Levi, que había sido compañero de conspiración de Leone en *Giustizia e Libertà*. Tenemos un testimonio muy especial sobre esa boda. Benedetto Croce le escribía el 30 de junio de 1937 al editor Laterza: «Mi querido amigo: le dije a Elena que comprase de mi parte un regalo para la próxima boda de Ginzburg. Elena, dada su familiaridad con Ginzburg, le preguntó a él qué deseaba. Y él ha pedido una serie de nuevas obras. Le mando la lista para que se las envíen. Debo pagarlas al menos en parte, ¡porque si no el regalo a Ginzburg se lo harían ustedes, no yo! ¡Y me vería obligado a hacerle otro! Conque secunden mi idea, dejándomelas en la mitad, o sea con el 50% de descuento. Así ustedes no pierden demasiado y yo me quedo con la conciencia tranquila».

EINAUDI

Pensándolo bien, mi relación con Leone nació bajo el signo de Croce. Yo tenía veintiún años; fui a ver a Croce, en Nápoles, en 1933,

antes de fundar la editorial. Me pareció natural ir a ver al maestro no sólo de la «religión de la libertad» y de una estética que enseñaba a distinguir lo esencial de lo inesencial, sino también, no lo olvidemos, al maestro de una extraordinaria experiencia editorial como asesor de Giovanni Laterza. La «Biblioteca de cultura moderna», los «Escritores de Italia», los «Clásicos de la filosofía moderna», los «Filósofos antiguos y medievales», la «Colección histórica», colecciones todas que caracterizaron el momento más alto de la edición cultural en Italia, y no sólo en Italia. Eran los modelos a los que remitirme si quería pensar en una editorial de cultura.

Croce me recibió en su biblioteca. Me hablaba; y allí estaba yo, que no entendía nada de filosofía ni de Benedetto Croce, y sin embargo me encantaba aquella capacidad suya de traducir un programa y un pensamiento en una sólida iniciativa editorial. Sí, era un gran organizador cultural, como en Italia ha habido pocos. Antes has citado con ironía la máxima de Gobetti, pero es muy cierta: la cultura es organización. Quizá sea éste mi Croce. Y además estaba su férrea voluntad de tener fe en un programa, sin contar demasiado con los favores del público. Ya sabes que Laterza vendía mucho más los libros de la «Biblioteca esotérica», que Croce se veía obligado a tolerar aunque nunca la tragó, libros como *Los grandes iniciados*, de Schuré, mucho más que los «Escritores de Italia» o la «Biblioteca de cultura moderna». Y en cambio eran éstos los volúmenes que tapizaban la biblioteca de Ginzburg, por volver a éste, junto a las ediciones originales de los clásicos rusos.

CESARI

Quién sabe si el ejemplo de Croce influyó también en la práctica sobre el nacimiento de la Einaudi: una editorial que se dota ante todo de una revista, *La Cultura*, como *La Critica* de Croce. Un editor y un *editor*. Einaudi y Ginzburg, como Laterza y Croce. Un programa que no quiere adaptarse a un mercado, sino construirlo...

EINAUDI

En cierto sentido, Leone fue de verdad mi Benedetto Croce. Y no sólo porque él, apenas dos años mayor que yo, tuviera ya entre

sus compañeros, primero en el liceo y después en la universidad, y hasta entre los profesores, un enorme prestigio cultural y moral, hasta el punto de que Norberto Bobbio no duda en escribir que no logra disociar la lección de Croce de la de Leone. Es cierto, y desde luego Bobbio sabe lo que dice. De la herencia de Go-betti ya hemos hablado. Pero yo, más que al político, al filósofo, al crítico y al filólogo, tuve la suerte de conocer a Leone Ginzburg en el trabajo editorial. El único trabajo que después pudo desarrollar con cierta continuidad, porque él, de origen ruso, llegado a Italia con dos años, instalado después en Berlín, y de vuelta de allí, había logrado ser profesor de literatura rusa en la universidad italiana, pero, al no prestar juramento de fidelidad al régimen fascista, hubo de abandonar la docencia. Y naturalmente siempre lo tuvieron vigi-lado, sobre todo después de que, de regreso de París, donde había conocido a los exiliados antifascistas, organizara Giustizia e Libertà con Foa, como hemos visto. Y así, detenido a poco de empezar a trabajar en la editorial, durante un tiempo no se volvió a hablar de Leone Ginzburg.

Se habló mucho de él, en cambio, cuando salió de la cárcel y vino a Turín, como ha contado Natalia, en marzo de 1936, y al brillante jovencito de dos años antes ya no lo invitaban a ningún salón, lo tenían por un peligroso conspirador, y la Einaudi lo contrató para concretar el programa de la editorial. Pero pronto, al estallar la gue-rra, después de sólo tres años, lo mandaron a Pízzoli como interna-do civil de guerra, con su mujer y los dos niños nacidos mientras tan-to. Y desde allí Leone lograba colaborar intensamente con la editorial. Ante todo con sus excelentes traducciones y revisiones del ruso. Ha-bía traducido a Pushkin y Tolstoi y revisaba todas las demás tra-ducciones. Me había convencido de que contratase los clásicos ru-sos ya publicados por la Slavia, y revisaba esas traducciones, no sólo en manuscrito, sino también en pruebas, una o dos veces: me vol-vía loco. Primera revisión, segunda, tercera. Todo esto ocurría entre Turín y Pízzoli, y por correo, aunque éste funcionara mejor que hoy. Mandaba postales de Pízzoli, selladas por los *carabinieri*, donde es-cribía: «Distinguido señor, respetable editorial. Les envió las terce-ras pruebas de las cien primeras páginas de *Guerra y paz* traducidas

por la eximia...». Todo en estilo muy burocrático, para resultar aséptico, para no crearles problemas a los *carabinieri*. Pero, entre líneas, decía: «¿Cuándo salen las poesías de Pavese? Creí entender que las tenían ustedes en proyecto». Entonces íbamos a ver, de poesías de Pavese no teníamos programado nada, y yo llamaba a Pavese y le preguntaba: ¿Qué me dices? Ginzburg querría que publicáramos tus poesías. Y así ejercía una efectiva dirección de la editorial.

En cuanto a Croce, cuando venía a Turín, a visitar a su hija y a su yerno –a Leone se lo habían presentado en casa de ellos, Ginzburg lo cogía del brazo, se lo llevaba de paseo por las avenidas e iban y venían, le hablaba atropelladamente, con aquel habla suya balbuciente, le informaba y las más de las veces lo convencía. Era extraordinario. ¿Comprendes? Con hombres así al lado la editorial creció. A Leone Ginzburg se debe que se hayan hecho ciertas colecciones de Einaudi: los «Ensayos», la «Biblioteca de cultura histórica», los «Narradores extranjeros traducidos», aquellas con portada de grueso papel azul oscuro, donde confluyeron la competencia rusa de Ginzburg y la americana de Pavese. Son todas ellas colecciones nacidas entre los años 1933 y 1940. Esto es, en pleno vigor y plena expansión del fascismo. En la «Histórica», los libros de Salvatorelli, de quien publicamos, entre el 35 y el 40, *El pensamiento político italiano* y el famoso *Sumario de la historia de Italia*. En los «Narradores extranjeros traducidos», los textos rusos, Tolstoi y Dostoyevski sobre todo. En los «Ensayos», un libro de Mautino, un chico joven, sobre Croce.

CESARI

Pero, ¿qué os dijisteis de verdad en aquel año de 1933? ¿Por qué Natalia Ginzburg insiste en que la verdadera fundación de la editorial se produjo en los años 37-40, al regreso de Leone de la cárcel?

EINAUDI

En eso Natalia se equivoca: la fundación de la editorial, en 1933, fue una fundación real y Leone desempeñó, lo repito, un papel importantísimo. Y cuando digo que el «proyecto» sufrió en seguida golpes –la cárcel, las revistas cerradas– no significa que no hu-

biéramos redactado un «programa». La Einaudi se fundó con la mira en un programa que no se limitaba a profundizar en los problemas económicos, sino que, con la adquisición de *La Cultura*, se ampliaba a las ciencias humanas. Y *La Cultura* fue él quien la quiso, ya lo he dicho, y por lo tanto es mucho más importante el 33 que no los años a partir del 36 de los que habla Natalia. Nació entonces, en 1933, la aportación fundamental de Leone.

CESARI

Trato de contradecir al editor. No sólo es cuestión de fechas, sino de sustancia, observo.

EINAUDI

Está bien. Natalia Ginzburg afirma que en marzo de 1936, cuando Leone volvió de la cárcel de Civitavecchia, la editorial ya existía pero aún no había tomado forma. Que fue él, Leone, quien, con su presencia entre 1937 y 1940, le dio, por utilizar la expresión de Natalia, «cerebro y alma». Estoy de acuerdo con esta puntualización de la Ginzburg; pero insisto, a riesgo de repetirme, en que ya en 1933 la publicación de *La Cultura*, deseada, repito, por Leone, le dio inmediatamente una fisonomía a la editorial en torno a la cual se formó un grupo de intelectuales no fascistas o antifascistas, de hombres libres, en suma, que a continuación fueron colaboradores de la Einaudi.

CESARI

¿Qué tipo de intelectual era Leone Ginzburg? ¿Qué idea tenía del trabajo editorial propiamente dicho?

EINAUDI

Quizá te asombre que, después de haber destacado toda la consistencia y los ascendientes culturales y de ideas de Leone, lo defina como bastante pragmático. Una inteligencia pragmática. Porque la orientación de las ideas tenía su importancia, sí. Pero veamos los estudios históricos: no es que él mirase a una escuela, a una orientación particular. Publicaba o habría publicado de buen gra-

do a Luigi Salvatorelli, Benedetto Croce y Ernesto Rossi, y todavía no había salido *La sociedad feudal* de Marc Bloch, porque si no habría sugerido que la publicásemos también. Eso se le ocurriría, unos años después, a Franco Venturi.

Era también él quien sugería insertar en los «Ensayos» libros de éxito, como el *Tsushima* de Frank Thiess, que es realmente «la novela de una guerra naval», como reza su subtítulo. Nos sugirió publicar un libro que después perdimos, *El Don apacible* de Sholjov, porque, decía, «es un gran libro de lectura». Sería erróneo pensar que andaba en busca de cosas sofisticadas. Él le propuso a Santorre Debenedetti la colección de los «Nuevos clásicos italianos anotados», una obra maestra de la filología. Fue él quien sugirió publicar a Montale, quien animó a Pavese a escribir. Era verdaderamente un editor completo, pero también un político, y por ello, sobre todo, comprendía que al público, al lector, había que darle la mejor mercancía posible, hecha lo mejor posible. Aun a riesgo de ser pedantes. Lo demuestra el carteo Einaudi-Montale a propósito de *Las ocasiones*: resulta que Leone sugiere incluso variantes en los versos, porque opina que están mejor, y Montale las acepta.

De la correspondencia desde Pizzoli se desprenden también su chinchorrería, sus intervenciones en la producción, el empeño en no retrasar ciertos libros. El pragmatismo de alguien con los pies en el suelo, alguien que tiene un proyecto de editor de amplio radio y gran arraigo entre el público. Estos éxitos, pues, que se produjeron en los primeros años, se derivaban de una inspiración ideal, sí, pero también de sus particulares indicaciones, en las que no había lugar para los rebuscamientos, para la erudición por la pura erudición: si era una investigación debía ser una investigación que renovase algo y que mereciese llegar a ser conocida por un público más vasto. También fue él quien aconsejó ciertos volúmenes de la «Biblioteca de cultura científica», como por ejemplo el famoso texto de Pavlov. ¿Quién habría soñado en publicar en Italia un libro como *Los reflejos condicionados* de no habérselo señalado él? Su amplio conocimiento de todo lo ruso, literatura, ciencia o historia, iba unido a una intuición de editor. Sí, de editor.

CESARI

Sigo pensando en aquellos jóvenes de 1933. Einaudi tiene veintiún años, Ginzburg y Pavese veintitrés. En el 43, Ginzburg tiene por tanto treinta y tres años. Natalia y sus hijos se han reunido con él en Roma. Una noche no vuelve a casa. Llega en cambio, jadeante, Adriano Olivetti, amigo de la familia. Ayuda a Natalia a recoger aprisa y corriendo los zapatos y la ropa de los niños, los ayuda a escapar a los tres, casi por los pelos. Leone está en manos de los alemanes, en Regina Coeli. Durante los interrogatorios le rompen la mandíbula. A Sandro Pertini le da tiempo a verlo ensangrentado tras el último interrogatorio: «No habrá, en el futuro, que sentir odio hacia los alemanes», le dice Leone. En la mañana del 5 de febrero lo encuentran muerto, después de que un enfermero, por la noche, se negara a llamar al médico.

EINAUDI

La relación con Natalia, apenas esbozada antes de la guerra, se hizo después más estrecha, más frecuente, en Turín y ahora en Roma, donde la veo a menudo y donde ella, a pesar de criticarme, siempre tiene conmigo una actitud maternal. En el fondo me protege en cierto sentido. Me protege incluso de las críticas, las críticas muy severas que a veces me hace su hijo Carlo. Que es muy amigo mío, y cuyos severos juicios temo. Pienso en parte en él como pienso en su padre: pienso en qué diría su padre de esta o aquella conducta mía, de esta o aquella decisión, y por eso tengo una relación muy delicada con Carlo. Lo siento muy próximo y muy dolido por las cosas en que puedo decepcionarlo, y puedo haberlo decepcionado en ciertas elecciones que he hecho en mi vida.